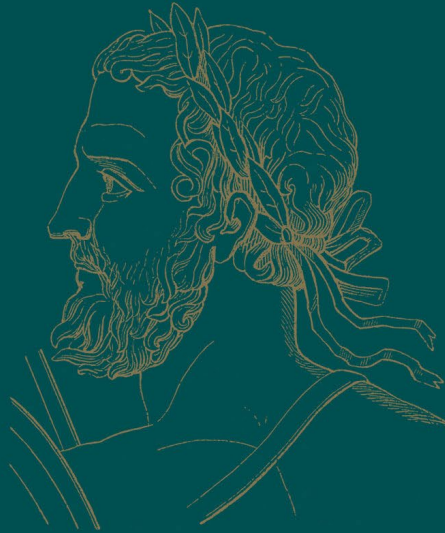


# SEPTIMIO SEVERO

ANTHONY BIRLEY



GREDOS



SEPTIMIO  
SEVERO



ANTHONY BIRLEY

SEPTIMIO  
SEVERO

TRADUCCIÓN  
JOSÉ LUIS GIL ARISTU

**GEDOS**

Título original inglés: *Septimius Severus*.

© Anthony R. Birley, 1971, 1988 y 2012. Todos los derechos reservados.

Traducción publicada por acuerdo con Routledge,  
miembro de Taylor & Francis Group.

© de la traducción: José Luis Gil Aristu, 2012.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2022.

Avda. Diagonal, 189-08018 Barcelona.

[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

*Primera edición: febrero de 2012.*

*Primera edición en esta colección: septiembre de 2022.*

REF.: GEBO575

ISBN: 978-84-2494-035-5

Realización de la versión digital: El Taller del Libro, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedio (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedio.org](http://www.cedio.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

## CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
1. LOS EMPORIOS	17
2. LEPTIS MAGNA: DE ESTADO LIBRE A COLONIA	27
3. LA VIDA EN LA TRIPOLITANIA ROMANA	47
4. LA FRANJA ANCHA	65
5. AL SERVICIO DEL EMPERADOR	79
6. UN CÉSAR NACIDO PARA LA PÚRPURA	93
7. EL GRAN MARISCAL	101
8. JULIA DOMNA	109
9. LOS CONSPIRADORES	127
10. EL AÑO 193	139
11. LA GUERRA CONTRA NÍGER	165
12. LA GUERRA CONTRA ALBINO	183
13. PARTIA Y EGIPTO	195
14. REGRESO A ÁFRICA	217
15. LOS AÑOS EN ITALIA	229
16. «EXPEDITIO FELICISSIMA BRITTANNICA»	249
17. SECUELAS Y VALORACIÓN	273
<i>Abreviaturas utilizadas en los apéndices y notas</i>	291
<i>Apéndices</i>	293
1. Testimonios antiguos y estudios modernos	293
2. Los Septimio y los Fulvio de Leptis Magna, los Julio de Emesa, y sus contactos	305
<i>Referencias y notas</i>	329
<i>Bibliografías</i>	363
<i>Adenda (1999 y 2010)</i>	380
<i>Lista de ilustraciones</i>	385
<i>Índices alfabéticos</i>	387





## PRÓLOGO

Se puede afirmar que, una vez que el sistema imperial romano quedó bien asentado, no importó gran cosa quién era el emperador. «Por lo que respecta al emperador y a sus amigos —escribía Sinesio en una carta—, y a los vaivenes de la fortuna... ciertos nombres se alzan como llamas hasta cumbres de gloria y, luego, se apagan; el silencio que reina aquí acerca de estas cosas es completo, y nuestros oídos se libran de escuchar esa clase de noticias. Es posible que la gente sepa perfectamente que siempre hay un emperador vivo, pues es algo que los recaudadores de impuestos nos recuerdan año tras año. Pero ya no está tan claro «quién» es el emperador; de hecho, entre nosotros, hay algunos que piensan que el trono sigue estando ocupado todavía por Agamenón». Sinesio podía bromear sobre la lejanía de Arcadio y la plácida ignorancia de la Cirenaica. Pero, según decía a Arcadio en la dedicatoria de su escrito *Sobre la realeza*, el emperador debería dirigir sus ejércitos en persona y recorrer las provincias para ver y ser visto. No se sabe que Septimio Severo viajara a la Cirenaica; pero esta es una de las poquísimas partes del imperio no visitadas por él. Para empezar, fue el primer emperador nacido y educado lejos de Roma e Italia, en la Tripolitania de sus antepasados. Su carrera como senador lo llevó a Cerdeña, Hispania, Siria, las Galias, Sicilia y Panonia, con una estancia en Atenas en un momento en que no desempeñaba ese cargo. Una vez llegado al poder, pasó viajando sus dieciocho años como emperador, excepto cuatro, sobre todo en el este —donde extendió las fronteras de Roma hasta el Tigris—, Egipto, los Balcanes y la región del Rin, África y, finalmente, la remota Britania, donde permaneció más tiempo que cualquier otro soberano. Un hombre así merece ser estudiado con gran atención, aunque resulte difícil, e incluso imposible, adentrarse en sus intimidades.

Su origen africano no es el aspecto menos notable de Septimio. Según muestran principalmente los trabajos de un gran número de estudiosos, arqueólogos y epigrafistas, Tripolitania era una región aparte del resto del África romana; profundamente conservadora tras haber disfrutado durante siglos de una virtual independencia, seguía manteniendo fuertemente visible su identidad púnica o libiofenicia cuando había entrado, por fin, en la órbita de Roma bajo el reinado de Augusto. El dominio de la élite púnica no se vio perturbado por la afluencia de colonos inmigrantes; no obstante, sus miembros respondieron con entusiasmo a la presencia de Roma: en su condición de ciudad libre, Leptis había alcanzado el rango de aliada en fechas muy anteriores. Los ancestros de Septimio obtuvieron la condición de romanos; su abuelo aparece como un caballero propietario de tierras cerca de Roma y como un personaje de importancia menor en los círculos literarios de moda de la Italia de los últimos Flavios, aunque regresó a Leptis para presidir la culminación de su transformación en colonia honoraria. El padre de Septimio pasó toda su vida en Tripolitania, donde se crió el propio Septimio.

Mi interés por Septimio se remonta a fechas lejanas. El emperador es un personaje clave para el estudioso de la Britania romana y fue objeto de gran entusiasmo cuando las excavaciones emprendidas en 1961-1962 por Robin Birley en Carpow on the Tay revelaron que el yacimiento era de la época de los Severos, con *principia* y *praetorium* construidos de piedra. Aquellos hallazgos demostraron claramente que Septimio había intentado realmente conquistar toda Britania (como dijo Dion), y no solo aplastar Caledonia para, luego, regresar al Muro. Pocos años después tuve la suerte de visitar Leptis Magna y, por una ruta poco habitual que ascendía a través del desierto desde el país de los garamantes pasando por delante de la Montaña Negra y la fortaleza de avanzada de Bu-Ngem, construida por Septimio, experimenté el placer de llegar a la costa tras haber soportado el calor abrasador del *ghibli*. Entretanto me había sumergido «en el océano de la *Historia Augusta*», aunque no con «indiferencia» (como recordaba haber hecho Gibbon). Tuve la fortuna de contar con la guía de sir Ronald Syme en mis primeros pasos a través de lo que él calificaba de arenas movedizas, una «ciénaga serbonia», según la llamaba. La *Historia Augusta* —citada por mí a lo largo de todo el libro con la abreviatura *HA*— cons-

tituye un problema al que todo estudioso de los siglos II y III d.C debe enfrentarse. Mi participación en varios de los *Colloquia* organizados por el profesor Johannes Straub resultaron muy provechosos. En el primero al que asistí, el difunto profesor H.-G Pflaum me instó a acometer una biografía de Septimio. El resultado, escrito en su mayor parte en la Universidad Duke, fue publicado en 1971. La obra ha permanecido descatalogada durante mucho tiempo y ha sido bastante frecuente que personas deseosas de leerla me pidieran ejemplares sobrantes. Entretanto ha aparecido un conjunto considerable de nuevos datos y un cúmulo de bibliografía reciente. La invitación a crear una versión completamente distinta resultó ser, por tanto, una tarea oportuna e intimidante al mismo tiempo. Tenía que mostrarme selectivo —algunos dirían ecléctico— en mis citas para evitar una documentación excesivamente sobrecargada. He subdividido la bibliografía por grupos de capítulos en algunos casos, y a menudo por capítulos individuales. Las bibliografías ofrecen, con ciertas limitaciones, una visión general de lo publicado sobre un tema, pero me he abstenido de incluir un gran número de obras reconocidas si no aparecen expresamente citadas en las notas.

Una obra de este tipo solo es posible gracias al trabajo de una legión de especialistas. Es justo hacer constar el provecho que he obtenido de los estudios realizados por De Ceuleneer, Platnauer y Hasebroek, el último de los cuales sigue siendo de gran valor para la *Vita Severi* de la *HA*. Cuando comencé mi propia investigación me sentí especialmente inspirado por una serie de artículos de Julien Guey y me resultó muy provechosa la obra del difunto Guido Barbieri. Mi deuda con Eric Birley es incalculable, pero mi mejor manera de expresarla consiste en exponer mi convicción, a la que he llegado gracias a él, de que la historia, la epigrafía y la arqueología de las provincias romanas son mutuamente imprescindibles. Las personas con quienes tengo una deuda de agradecimiento —por sus análisis de detalle, por haberme enviado ejemplares de sus obras o por haber mantenido conmigo un debate fructífero— son muy numerosas: hay unas cincuenta que merecen ser mencionadas, pero debo contenerme para que no parezca que me amparo en su autoridad. No obstante, debo agradecer explícitamente a Géza Alföldy, que me dejó ver, y no por primera vez, algunos de sus nuevos trabajos antes de su publicación; a Charles Daniels, que hizo

posible mi visita a Tripolitania y me ha proporcionado las ilustraciones recogidas en este libro; a Barri Jones por su generosa ayuda mientras preparaba el texto, además de prestarme otros favores a lo largo de muchos años; a David Kennedy por su asesoramiento acerca de las fronteras orientales; y a David Mattingly por haberme guiado en el terreno de los trabajos más recientes sobre Tripolitania. Las interpretaciones ofrecidas aquí —y la responsabilidad por los errores cometidos— siguen siendo mías; es una cuestión que necesito recalcar, pues soy consciente de que algunos de mis puntos de vista pueden ser polémicos. Las biografías imperiales son contempladas con reparos en algunos círculos en cuanto a género literario, y, volviendo al protagonista de la que ofrezco aquí, es posible que mi insistencia en el carácter africano de mi biografiado tenga una mala acogida. El asunto entraña cuestiones difíciles y delicadas, por no mencionar la identidad étnica de su esposa, Julia Domna, cuya ciudad natal, Emesa, fue fundada por árabes. No todos están de acuerdo en asignarle esa denominación. Además, hago hincapié no solo en la «otredad» de Tripolitania y de su hijo más famoso, sino también en la fuerte implicación de los africanos romanos, incluidos Septimio y su hermano, en la conspiración que derrocó a Cómodo. Los anglosajones, monolingües en su mayoría, no comprenderán, quizá, la complejidad de una sociedad con dos idiomas de cultura, el latín y el griego, y una diversidad de otras lenguas de uso común. Septimio Severo constituye un fenómeno instructivo. Mi creencia en la importancia de su origen me ha llevado a dar a esta historia de su vida el título de *El emperador africano*.

ANTHONY R. BIRLEY

*Manchester*

*27 de febrero de 1988*

NOTA A LA EDICIÓN EN RÚSTICA

*Septimius Severus: The African Emperor* fue publicado por primera vez en 1971 en el Reino Unido por Eyre & Spottiswoode, empresa que ha dejado de existir y que tenía su sede en el número 11 de New Fetter Lane, y en Estados Unidos en 1972 por Doubleday. En 1988, Batsford sacó al mer-

cado una edición muy revisada para la cual —reafirmando mi opinión de que en nuestro hombre había algo específicamente africano— modifiqué el título por el de *The African Emperor: Septimius Severus*. Ahora regresa al número 11 de New Fetter Lane, a la editorial Routledge, sin cambios respecto a la edición de 1988, excepto por una lista de publicaciones recientes (págs. 273-274) con un breve comentario sobre su importancia.

ANTHONY R. BIRLEY

*Friedberg*

*31 de julio de 1998*

NOTA A LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

La publicación del presente libro en español me brinda una oportunidad propicia para corregir algunos pasajes a la luz de nuevos descubrimientos. En origen lo redacté en el invierno de 1987-1988, por lo que no es de extrañar que entretanto haya aparecido una gran cantidad de bibliografía novedosa concerniente de manera directa o indirecta a Septimio Severo. Para la edición en rústica de 1999 solo me fue posible añadir dos páginas de adenda bibliográfica, con algunos comentarios sobre la importancia de las publicaciones incluidas, y mencionar unas pocas correcciones. Esa adenda se ha ampliado en el caso de la presente edición; me he esforzado, además, por eliminar errores tanto en el texto principal como en los apéndices y las notas. En algunos casos cito las nuevas publicaciones de la adenda (con el nombre del autor precedido por un asterisco, más la fecha).

ANTHONY R. BIRLEY

*Vindolanda*

*10 de marzo de 2010*



SEPTIMIO SEVERO





## LOS EMPORIOS

Septimio Severo nació el 11 de abril del 145 en Leptis Magna, en Tripolitania. Sus padres fueron P. Septimio Geta y Fulvia Pía. Leptis había obtenido la condición de colonia romana hacía una generación y era una de las grandes ciudades del África romana. Tripolitania, el «país de las tres ciudades», debía su nombre a Leptis y sus dos vecinas occidentales, Oea (Trípoli) y Sabratha. El Imperio romano se hallaba en ese momento en la cima de su prosperidad. El emperador Antonino Pío dio su nombre a una era sinónima de paz y abundancia. Los cónsules del 145 fueron él mismo y su hijo adoptivo como colega suyo. Por tanto, el año del nacimiento de Septimio fue el del «emperador Antonio por cuarta vez, y el de Aurelio César por segunda».<sup>1</sup>

El hijo de Geta y Fulvia recibió los nombres de su abuelo paterno: «Lucius Septimius Severus». Cincuenta años más tarde, Septimio se designaría como «hijo del divinizado Marco», en vez de presentarse como «hijo de Publio». Poco después de su adopción retrospectiva como miembro de la dinastía antonina, un senador sarcástico felicitó a Septimio por «haber encontrado un padre», dando a entender con ello que su verdadero progenitor fue un don nadie. Es cierto que Geta era un provinciano desconocido (y que falleció mucho antes del 195). Pero otros hombres de su familia y de su misma generación —P. Septimio Áper y C. Septimio Severo, que en el año 145 habían emprendido el camino que les llevaría al cargo de senadores— tenían ya rango senatorial cuando nació su hijo. Aquellos hombres, primos carnales de Geta probablemente, eran sin duda mayores que él. Pero Geta no ocupó nunca un cargo público. La mala salud o la falta de ambiciones constituyeron, quizá, un impedimento, pero difícilmente pudo haberlo sido la pobreza. Su hermana Pola, que

al parecer murió soltera, era una mujer muy rica, y la familia tenía propiedades en Italia y fincas en Leptis. Fuera por el motivo que fuese, Geta parece haberse quedado en África con su mujer y sus tres hijos. Además de Septimio había otro hijo que llevaba el mismo nombre que su padre, por lo que era probablemente el heredero, y una hija, Octavila. A pesar de lo recatado de su vida, el biógrafo Mario Máximo escribió «bastante por extenso» sobre él y su carácter en su vida de Septimio, según la *HA* (que no reproduce ningún detalle).<sup>2</sup>

La localidad natal de Septimio, donde pasó los primeros diecisiete años de su vida, era un lugar muy excepcional, incluso para un imperio tan abigarrado, y las «tres ciudades» se diferenciaban acusadamente del resto de lo que los romanos denominaban «África». Para entender mejor quién era Septimio Severo es necesario echar una ojeada a los orígenes de Leptis. La «civilización» llegó al norte de África con los comerciantes cananeos de Tiro y Sidón, cuyo idioma —el fenicio, llamado más tarde púnico en el Mediterráneo occidental— estaba estrechamente relacionado con el hebreo. Aquellos mercaderes comenzaron a explorar las costas occidentales a finales del segundo milenio antes de Cristo. Durante los siglos anteriores, Fenicia había adquirido experiencia en la navegación y el comercio cuando Ugarit, en la costa siria, desempeñaba un cometido más que mediano en la economía de Egipto. Los grandes trastornos provocados por los «Pueblos del mar» hacia 1200 a. C. la obligaron a dirigir su mirada mucho más lejos. Los pocos puertos naturales del norte de África se convirtieron en escalas en la ruta hacia la España meridional. Cartago —*Qart-Hadasht*, la «ciudad nueva»— no fue la más temprana, pero no tardó en ser la más importante. Durante la primera mitad del primer milenio antes de Cristo, aquellos establecimientos comerciales comenzaron a adquirir el carácter de pequeñas ciudades. La marcha de los acontecimientos en Asia aceleró y estimuló el proceso. En el siglo VIII, Asiria aplastó sus metrópolis, Tiro y Sidón. Llegaron nuevos colonos, esta vez refugiados. La ciudad de Cartago y sus homólogas púnicas prosperaron. Al cabo de poco tiempo se enfrentaron a la rivalidad de los griegos, activos en Italia meridional y Sicilia desde el siglo VIII e interesados por África —«Libia»— desde mediados del VII. Los griegos dorios procedentes de la isla de Tera se establecieron en Libia oriental, la «Montaña

Verde», y fundaron Cirene en el año 531 a. C. A partir de ella surgieron otras ciudades filiales que extendieron la colonización griega desde las fronteras con Egipto hasta la región de las Sirtes. Se sabe con seguridad que Cartago respondió instalando en Tripolitania una colonia en un asentamiento denominado *Lpqy*, que en un primer momento pudo haber sido una islita situada frente a la desembocadura del *uadi*, pero que pronto ocupó tierra firme. Le siguieron otras dos nuevas colonias al oeste, *Wy't* y *Sbrt'n*. Los tres nombres son libios, no púnicos. Eran puestos comerciales, y los griegos siguieron llamándolos más tarde *empória* —Leptis fue conocida a menudo con el nombre de *Neápolis*—. Tripolitania se halla a cientos de kilómetros más cerca del África negra que la propia Cartago. Es evidente que Cartago instituyó los emporios para controlar los caminos más cortos hacia el interior por las rutas transaharianas. Pero las colinas que se alzan al suroeste de Leptis, el Yébel Msellata, la «Colina de las Gracias» de Heródoto, pedían a gritos ser explotadas, lo mismo que el rico valle del río Cínipe (Uadi el Caam), que nace en el Yébel y desemboca en el mar 20 kilómetros al este de Leptis. «Esta comarca iguala a la mejor región en la producción de cereales y no se parece en lo más mínimo al resto de Libia. En efecto, su tierra es negra, la zona posee abundante agua de riego, por lo que no tiene el menor problema de sequía, y tampoco se ve perjudicada por recoger demasiada lluvia —ya que en esa parte de Libia sí que llueve—; además, en el rendimiento de las cosechas alcanza las mismas proporciones que la comarca de Babilonia... la comarca del Cínipe da hasta el trescientos por uno», escribió Heródoto. Y en otro lugar: «La Colina de las Gracias está cubierta de bosques, en tanto que las restantes zonas de Libia que he mencionado anteriormente carecen de árboles».<sup>3</sup>

Hacia el 514 a. C., el aventurero espartano Dorico, guiado por hombres de Tera, «llegó a Cínipe y se instaló en un bellissimo paraje de Libia a orillas de un río», refiere Heródoto. Pero «a los dos años fue expulsado de allí por los libios macas y por los cartagineses». Unos griegos procedentes de Asia Menor habían conseguido fundar Massilia (Marsella) hacia el 600 a. C. y explotaron una gran parte de la Galia meridional. Pero para entonces Cartago era lo bastante fuerte como para excluirlos casi por completo de España, los expulsó de Córcega y dominó Cerdeña y Sicilia occidental. El

norte y centro de Italia estaban controlados por los etruscos, con quienes Cartago concertó una alianza, como hizo con la naciente República romana. Los griegos solo lograron establecerse con firmeza en Italia meridional, Sicilia oriental y la Cirenaica. El Mediterráneo occidental fue prácticamente un coto púnico hasta el siglo III a. C.<sup>4</sup>

Tripolitania, la comarca situada entre los dos golfos de las Sirtes, se ha perdido para la historia entre el momento de la expulsión de Dorieo y el final del siglo III. Es evidente que los emporios florecieron durante esos trescientos años a pesar de los obstáculos. Tripolitania se diferencia del resto del norte de África por su relieve físico y su clima y es un híbrido entre el Mediterráneo y el Sáhara, con una orla fértil a lo largo de la costa y cerca de ella, más un vasto territorio interior desértico. La Yefara, una amplia llanura litoral, se extiende justo desde el oeste de Leptis hasta la zona de tierra firme situada frente a Meninx (Yerba), la «Isla de los lotófagos», delimitada al sur por la gran escarpadura rocosa del Yébel. Esta franja de colinas, de unos 20 kilómetros de anchura en su mayor parte, se funde con la altiplanicie sahariana, el Dahar, que a su vez se prolonga en pendientes en dirección suroeste penetrando en el gran Erg oriental, o mar de arena, una barrera casi infranqueable, y más al este en el «pedregal rojo», la Hamada el-Hamra, que divide Tripolitania del Fezzan. Una gran parte de la llanura de la Yefara es una zona de matorral árido, a excepción de una franja de oasis a lo largo de la costa. Las precipitaciones son mucho menores en Tripolitania que en el Magreb propiamente dicho, y el viento abrasador del Sáhara, el *ghibli*, constituye un riesgo adicional. Otro peligro pudo haber sido el de la presencia de tribus libias hostiles. Sin embargo, Heródoto sabía que Cartago se había asociado a la mayor de ellas, los macas, para expulsar a Dorieo. Los libios eran los antepasados de los modernos bereberes, que, al parecer, han preservado su identidad a lo largo de los tres mil años de dominio de fenicios, griegos, romanos, vándalos, árabes, franceses e italianos. Ni ellos ni los fenicios practicaron la segregación cultural o social. Abundaban los matrimonios mixtos, y los pobladores de las colonias de la Tripolitania cartaginesa llegarían a ser conocidos como «libiofenicios». Más al este, los nasamones de la región de las Sirtes eran un pueblo nómada que se desplazaba desde el oasis de Augila hasta la costa, donde eran temidos por los comerciantes que iban de paso. Hacia

el sur, en los oasis del Fezzan, se hallaban los garamantes, objeto de abundantes leyendas. Es evidente que eran unos mediadores importantes para el comercio transahariano, pero de vez en cuando solían emprender incursiones contra sus vecinos septentrionales. Otros pueblos indígenas del interior, entre la costa y los garamantes, reciben la denominación de «gétulos» y están vinculados, sin duda, a los seminómadas de Numidia y a los propios númidas, el pueblo más poderoso del Magreb. Los moros, *mauri*, en el extremo occidental, se hallaban demasiado lejos como para afectar a Leptis.<sup>5</sup>

El dominio púnico solo había sido desafiado hasta el siglo III por los griegos. Pero el avance constante de Roma iba a provocar el hundimiento de Cartago. Sus ejércitos de mercenarios perdieron la primera guerra larga (264-241 a. C.) frente a las legiones romanas de ciudadanos. Cartago entregó Sicilia, y poco después Cerdeña y Córcega. Aníbal estuvo a punto de destruir Roma en la segunda guerra (218-202 a. C.), y los ejércitos cartagineses se pasearon por Italia durante trece años. Pero Cartago volvió a perder cuando Roma llevó las hostilidades primero a España y, luego, a África. Es cierto que, durante la primera guerra, Roma había lanzado una invasión (la expedición de Régulo, en el 256 a. C.), pero aquella empresa acabó en desastre. Esta vez no se produjo ningún error.

Hacia el final de la guerra contra Aníbal, un jefe númida que había combatido al servicio de Cartago, Masinisa, hijo de Gaia, se refugió en la región «entre los emporios y los garamantes» tras ser derrotado por un rival. Masinisa no olvidó lo que vio allí. Leptis era pequeña, sin duda, pero su control del Yébel y el valle del Cínipe hacían de ella una ciudad rica por el cultivo cerealista y olivarero. Pagaba a Cartago un talento diario a modo de tributo. El acuerdo de paz del 201 a. C. entre Roma y Cartago convirtió a Masinisa, que había cambiado oportunamente de bando, en rey de una Numidia unida. Durante más de medio siglo, aquel hombre notable amplió considerablemente sus dominios a expensas de Cartago e intentó reiteradamente apoderarse de los emporios. En la década del 190 llegaron a Leptis unos comisionados romanos, tres hombres eminentes, Cornelio Cetegeo, Minucio Rufo y el gran Escipión en persona, el vencedor de Aníbal. Al parecer, no se tomaron decisiones claras, pero Cartago perdió finalmente sus derechos aquella misma década. Sin embargo, Leptis y sus vecinas se mantuvieron relativamente independientes del lejano rey númi-

da. Se desarrollaron vínculos con el Mediterráneo oriental, en especial con Alejandría.<sup>6</sup>

En el año 149 a. C., el temor y la codicia de Roma provocaron la tercera y última guerra contra Cartago. Al cabo de tres años, el antiguo enemigo fue destruido por Escipión el joven, quien maldijo formalmente las ruinas arrasadas. El anterior territorio cartaginés del nordeste de Túnez pasó a ser en ese momento la provincia romana de África, con Útica como residencia del gobernador. Es poco lo que nos ha llegado sobre ella hasta el año 122, cuando C. Graco intentó refundar Cartago. Su embrión de colonia fue abandonado al morir él al año siguiente, aunque varios colonos conservaron sus lotes de tierra. Poco después, el reino númida entró en crisis. En el año 112, Yugurta, el aspirante más poderoso al disputado trono, estaba en guerra con Roma. «En cuanto estalló la guerra, los lepcitanos mandaron enviados al cónsul Bestia y, seguidamente, a Roma, en demanda de paz y alianza», escribió Salustio. Sus peticiones fueron atendidas y Leptis pasó a ser una «ciudad mediante tratado», *civitas foederata*, amiga y aliada del pueblo romano, y proporcionó ayuda constante a varios cónsules sucesivos: Bestia, Albino y Metelo. En el año 109 se desencadenó un conflicto interno: un noble llamado Amílcar tramó un golpe, quizá en interés de Yugurta. Metelo envió a Leptis cuatro cohortes de lígures en respuesta a una petición. Tras haber cometido numerosos errores, C. Mario, un «hombre nuevo», concluyó la guerra el 105 a. C. Los límites de la provincia romana, marcados por el «foso real» (*fossa regia*), trazado por Escipión en el año 146 del noroeste al sureste, se mantuvieron sin cambios, pero Mario asentó a algunos veteranos en el norte de Numidia.<sup>7</sup>

Después de la guerra, Leptis y los demás emporios siguieron siendo Estados libres, aliados de Roma. A su debido momento acuñaron moneda propia; la de Leptis representaba a las dos divinidades guardianas de la localidad, *Mlkqrt*, el «rey de la ciudad, el dios principal de la fenicia Tiro, venerado en Leptis bajo el nombre de *Mlk'shtrt*, o Milk'ashtart, nombre que ponía de relieve una asociación con Astarté, o «Astarot, la abominación de los sidonios», y *Shdrp'*, o Shadrapa. «La lengua de la ciudad era lo único que había cambiado debido a los matrimonios con los númidas», escribía Salustio a finales del siglo I a. C. «Las leyes y el culto son sidonios

[es decir, púnicos], y les resultó tanto más fácil mantenerlos debido a que vivían lejos del poder del rey. Entre ellos y la parte habitada de Numidia hay numerosas extensiones de desierto». Se da la coincidencia de que una inscripción de finales del siglo II o comienzos del I a. C. muestra que tampoco la lengua púnica resultó afectada. Lo único que sufrió una pérdida de calidad fue la escritura, pues en vez de las formas lapidarias que hallamos en los territorios púnicos antes de la caída de Cartago se utilizó la caligrafía cursiva, el llamado «neopúnico». La lápida rinde honor al «Señor *Shdrp'* y a *Mlk'shtrt*, patronos de Leptis», a quienes un tal *'drb'l* (Adherbal) erigió una estatua durante su mandato como *šp̄tm* —*sufetes*— de *'iš* (Arish) y *Bdmlqrt* (Bodmelqart o Bomílcar), de acuerdo con una decisión de «los grandes de Leptis y todo el pueblo lepcitano» (*'dr 'Lpqy wkl 'm 'Lpqy*, es decir, el consejo y la asamblea). Los *sufetes*, según la transliteración latina del título de aquellos altos cargos, eran la pareja de magistrados elegidos anualmente en Cartago y en todo el mundo púnico y equivalían a los «jueces» de sus primos israelitas. Melqart, identificado con el griego Heracles y con el Hércules romano, y Shadraba, equiparado a Dionisio o Baco y al romano Liber Pater, seguirían siendo las divinidades guardianas de Leptis hasta los días de Septimio. El cartaginés Baal Hammón, a quien los romanos llamaban Saturno, y Tanit, la romana Juno Celeste, parecen haber tenido allí un número de seguidores más reducido que en las ciudades púnicas más occidentales.<sup>8</sup>

Tras las guerras yugurtinas, Leptis desaparece de la historia durante medio siglo, evitando involucrarse en los conflictos civiles que asolaron Roma en la década del 80. Pero la corriente de los acontecimientos la arrastraría con fuerza a la órbita romana. El silencio no se rompe hasta el año 70 a. C., cuando Cicerón menciona a un banquero romano, T. Herennio, que había hecho negocios en Leptis y había sido víctima de Verres, el gobernador de Sicilia, tristemente famoso. La vecina Cirenaica, legada a Roma a comienzos del siglo por su último rey ptolemaico, fue anexionada finalmente en la década del 70. Una inscripción de Arsínoe, una de las ciudades griegas, menciona la posibilidad de importar trigo de Leptis durante una carestía de alimentos. Leptis siguió prosperando, aunque su principal fuente de riqueza era el aceite de oliva, para cuyo cultivo se podía explotar el Yébel e, incluso, la zona predesértica situada tras él. Es proba-

ble que fuera antes del final del siglo II cuando se trazó un nuevo centro urbano con dos templos gemelos de las divinidades ancestrales como foco principal.<sup>9</sup>

Juba, que sería el último rey nómida, reanudó en aquel momento las prácticas de Masinisa apoderándose de «propiedades» y, quizá, de tierras pertenecientes a Leptis. La ciudad se quejó al Senado romano, que nombró árbitros: la ciudad recuperó lo perdido. Pero el 49 a. C., al comenzar la mayor guerra civil de Roma, Juba se hallaba de nuevo en conflicto con Leptis y solo le hizo salir de Tripolitania la noticia de que Curión, partidario de César, había desembarcado en África con un ejército. Juba apoyaba a los pompeyanos, y Curión fue aplastado cerca de Útica. Tras la muerte de Pompeyo en Egipto, en el año 48, las fuerzas republicanas se reagruparon en África. El temible Catón llevó una fuerza al otro lado de la abrasadora región de las Sirtes para unirse a ellas e invernar en Leptis. Dos años más tarde recibió su castigo. César llegó a comienzos del 46; los pompeyanos fueron derrotados, su sanguinario aliado Juba se suicidó y el grueso de su reino fue anexionado como la provincia de «Africa Nova», la Nueva África. Leptis pagó caro su apoyo a los enemigos de César. El dictador le impuso una multa de tres millones de libras de aceite de oliva, probablemente en forma de pago anual. Para producir tal cantidad adicional —más de un millón de litros—, los lepticitanos tendrían que haber poseído en la región un millón de olivos.<sup>10</sup>

César tomó otras medidas decisivas en África. Cartago fue refundada una vez más como colonia romana. En esta ocasión las cosas funcionaron, y la nueva ciudad volvió a adquirir grandeza, quedando solo por detrás de Roma en el Mediterráneo occidental. César envió a veteranos como colonos a otras localidades de África. La victoria de Augusto en las guerras civiles que volvieron a estallar tras el asesinato de César trajeron consigo más cambios. Las dos provincias fueron amalgamadas y administradas por un procónsul con un ejército permanente cuya principal fuerza era la legión III Augusta. La parte occidental del norte de África se convirtió en el reino de Mauritania y fue entregada a Juba el Joven, que había tomado como esposa a una hija de Antonio y Cleopatra. Augusto fundó nuevas colonias tanto en Mauritania como en la provincia ampliada, principal-



mente para soldados veteranos. Durante los años de confusión del hundimiento de la República, una región particular situada en torno a la antigua ciudad real númida de Cirta (Constantina) fue tomada brevemente por Publio Sitio, el *condottiere* de la Campania, con una tropa de seguidores mercenarios. En un primer momento, él y sus hombres retuvieron Cirta como imperio privado en Numidia septentrional, pero Sitio fue derrotado antes de que César Augusto lograra el poder exclusivo, y aquella zona, con su fuerte componente italiano, formó también parte de la provincia. Lep-tis y los demás emporios quedaron, probablemente, al margen; pero no por mucho tiempo.<sup>11</sup>



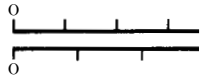
## LEPTIS MAGNA: DE ESTADO LIBRE A COLONIA

La enorme multa impuesta por César actuó como estímulo para que Leptis ampliara el cultivo de olivares en el Yébel, y desde luego en los valles situados al sur y al este. Ignoramos durante cuánto tiempo tuvo que seguir pagándola, pero es evidente que los emporios recuperaron su condición de ciudades libres durante el periodo del Triunvirato. Leptis siguió acuñando moneda de manera independiente, y al cabo de poco tiempo apareció en sus acuñaciones la imagen de César Augusto como una divinidad adicional y poderosa entre las que presidían la ciudad. Durante el periodo que va de mediados de la década del 40 a mediados de la del 20 se asentó en África un gran número de italianos. No se trataba únicamente de colonos subvencionados por el gobierno, sino también de personas que habían sido desposeídas de sus propiedades. «*At nos... sitientes ibimus Afros*» («Nosotros, en cambio, ... marcharemos a la sedienta África»), dice en la Égloga I de Virgilio un campesino italiano cuya tierra había sido confiscada. Sin embargo, no se refería a Tripolitania, sino más probablemente a la «Nueva Campania» de Sitio (el término *sitientes* sería un juego de palabras en alusión a su fundador), en la región de Cirta. Tripolitania no recibió tampoco ningún colono oficial. Es posible descubrir en Leptis la presencia de unos pocos italianos, quizá mercaderes o banqueros (como el Herennio de Cicerón). Entre ellos aparece un hombre llamado Perperna, etrusco por su nombre, y una familia de Fulvios: los antepasados de Septimio por parte de madre. Leptis, Oea y Sabrata se hallaban en una situación diferente de la del resto del África púnica. Habían disfrutado de una independencia casi completa durante siglo y medio, no habían sido conquistadas nunca y no tuvieron que entregar tierras a pobladores procedentes de Roma. Su legado púnico era, por tanto, insólitamente vigoroso, aunque es evidente que los emporios habían



- ① GERMANIA INFERIOR
- ② GERMANIA SUPERIOR
- ③ PANONIA SUPERIOR
- ④ PANONIA INFERIOR
- ⑤ MESIA INFERIOR
- ⑥ LICIA Y PAMFILIA
- ⑦ OSROENE
- ⑧ MESOPOTAMIA
- ⑨ CELESIRIA
- ⑩ SIRIA PALESTINA

— Frontera  
 - - - Límite provincial



# El Imperio romano en el 211 d.C.



desarrollado sólidos lazos con Alejandría siguiendo la tradición de comercio y contactos con Egipto que se remontaba a una época muy anterior a la fundación de la gran metrópoli griega. Leptis acabaría siendo una ciudad romana, pero a su manera. Los documentos se refieren a ella como «Leptis Magna», la «Gran Leptis», para distinguirla de Lepti, en la provincia de Bizacena. El calificativo era acertado.<sup>1</sup>

África ocupaba una posición anómala en el nuevo orden establecido por César Augusto. Fue la única provincia proconsular que conservaría una legión, la III Augusta. Los procónsules tenían combates que librar. Antes del acuerdo del 27 a. C., que dividió las provincias entre el *princeps* y el Senado, se habían celebrado ya tres triunfos «de África». En el año 21 hubo otro más, y luego, el 19, el último que celebraría un romano que no fuera emperador. El procónsul L. Cornelio Balbo, natural de Gades (Cádiz) y de origen púnico, había realizado una notable hazaña en el sur. Además de dirigir una campaña contra los gétulos, llevó un ejército más allá de la Montaña Negra (*mons Ater*) y lo introdujo en los oasis del Fezzan, llegando hasta Garama, «la famosísima capital de los garamantes», cuyo nombre era sinónimo del fin del mundo. Su expedición obtuvo resultados importantes sobre los propios garamantes. Al cabo de unas pocas décadas, este pueblo diseminado por todo el Sáhara construía casas de piedra y tumbas de estilo romano y utilizaba cerámica importada de Roma. Balbo debió de haberles impuesto un tratado por el que se garantizaba el comercio pacífico. Entre los bienes comercializados se encontraba el marfil, el polvo de oro, las piedras preciosas, las plumas de avestruz —y los esclavos—, además de animales salvajes exóticos. Leptis y los demás emporios se beneficiaron, probablemente, de aquella actividad mercantil.<sup>2</sup>

La primera inscripción fechada que encontramos en latín es de solo diez años más tarde (8 a. C.). Era bilingüe, en púnico y latín, como la mayoría de las inscripciones de Leptis del siglo siguiente. El texto está grabado en treinta y un bloques de piedra arenisca, cada uno de ellos con un frente de medio metro cuadrado; se hallan en el muro que rodea el recinto del mercado (*macellum*). La inscripción honra a Augusto con todos sus títulos, así como al procónsul Craso Frugi. En el texto púnico, la palabra *imperator* está traducida por *mynkd*, quizá un término libio relacionado con el tuareg *amanuḳal*, «jefe supremo». Muttun, hijo de Annón, era *sufes*